

24 7

AST de PAIN



Image not found.

Capítulo 1

24/7 (C) por Ast de Pain 1 Las notas surgen de mí garganta. Se transforman en gorgoritos que lanzo desde el escenario.

Medio siglo actuando con mayor o menor asiduidad. Me puedo considerar una privilegiada.

¡Cuántos compañeros quedaron en el camino! ¡Me defino como una regala fusas! ¿Puede existir profesión más hermosa? Cantar constituye el acto que más cerca te sitúa a la altura de una diosa.

Es un subir a los cielos para una vez en el Edén, rodeada de ángeles desnudos, "sexar" con todos, sin remordimientos, elevándose por encima del mayor creador, tocando la felicidad más grande con los dedos que puede regalar el conocimiento absoluto. Sin querer descender jamás de semejante peana de alabastro y fino mármol.

¿Cómo, estando entre tan excelsos seres, puede uno volver al escenario de lo terreno? Las notas son al desfilarse entre las finas paredes de una garganta, cálida y suave, entre sus cuerdas, una llave de oro que abren las puertas de lo divino e inmortal regalándote todo cuánto se puede anhelar sin entrar, únicamente, en lo material.

Los escenarios son mí vida. Puedo describirlos de múltiples formas.

Viajar por sus tablas en el universo de vidas creadas en cada cuerpo, cuerpos que pueden ser poseídos, dominados y gozados colonizándoles al tiempo que parte de ellos se queda para siempre en nuestro interior, difundiendo todo su potencial, engendrando, en parte, la eternidad, sembrándola, como una semilla que florecerá proyectándose, desde las profundidades de la Tierra hasta el azul cielo.

A telón bajado, fuera del alcance del campo de visión del público, suceden escenas jamás narradas, de nervios, ilusiones, pre-pánicos escénicos, carreras, prisas, vidas ficticias o no, fracasos y éxitos, que en uno u otro caso, nos llevan al sexo excelso y sagrado. Sexo entre bastidores, entre decorados, tras baúles con ropajes de finas telas y brocados que nos harán vivir vidas que no son las nuestras.

Cuántas veces, cuántos días tras la actuación, mientras los técnicos desmontan los decorados y los focos van perdiendo intensidad, quedando pocas luces encendidas, entre restos de figuras de cartón piedra, a horcajadas cabalgaba con algún aguerrido operario que momentáneamente había dejado su martillo aparcado a un lado. Era mí deseo el suyo y el acto más importante que entre manos podía tener a modo de premio tras el generoso aplauso de un público fervoroso y

exaltado que gracias a las ondas sonoras había logrado ir más allá en un peculiar y poco convencional orgasmo seco, cargado de beneficio mental y regalo de unos dioses pecadores de lo más creíbles y bondadosos, mezcla de una maldad atractiva como cualquier claroscuro del día a día del ser humano... . .

..junto a nuestros cuerpos y junto al inerte martillo yacía también un destornillador que cobró vida en mis manos, manos que lo empuñaron con dura ternura, hincándolo en el orificio del oído de él, rápidamente atravesó su cavidad bucal saliendo por el otro oído. El continuo cabalgando sobre mí aunque disminuyendo la fuerza y el ritmo hasta que un rápido y brusco espasmo orgásmico lo derribó mientras caía sobre mi pecho. ¡Le libere! Le ayude a morir pero con mucho amor y cariño.

Tengo que levantarme, depositar su cuerpo inerte sobre las tablas. Busco una tela, algo cálida para cubrirle, debe conservar el calor. Le lanzo, erguida, un beso, casi al aire.

Regenerada, resateada, me visto con rapidez, llevándome el punzante destornillador, que bruscamente y entre crujidos, he separado de su cráneo. Debo abandonarlo, lanzarlo a algún lugar fuera del alcance de sacrilegas garras.

2 e preocupan las huellas, no demasiado, algo. Prendo fuego sobre la tela y me marcho definitivamente. Saltarán las alarmas pero para entonces habré abandonado el teatro y desprendido del trofeo y objeto de mi triunfo.

Vuelo hacia otras lindes mientras leo sentada en la cabina del avión el periódico de la mañana que narra el incendio de la noche anterior en un famoso teatro de una importante urbe. Solo una víctima, aunque algunos intoxicados por el humo. Me río. Sonrío y poco a poco me duermo con un extraño cosquilleo en el estómago. Soñaré con mares azules y música nacida de olas al chocar contra las afiladas rocas de unos altos acantilados. El olor a salitre será el aderezo.

Cualquier tierra, cualquier destino será un nuevo laboratorio para mi canto.

Calma es lo que necesita el mundo. Una calma de la mano del abandono de la Tierra de aquellas almas que no dejan más que simientes estériles que no elevan su música a los oídos de los dioses. No todos esos seres quieren voluntariamente bajarse de un planeta en el que la paz debiera ser elemento sagrado. En ocasiones, las más, es necesario para lograrla, dar un pequeño empujoncito.

Cuando el avión toca tierra y los motores dejan de rugir y las puertas se abren logrando salir al exterior, veo, vemos, un terreno frío, desolado,

cubierto por una neblina densa y gris que pronostica frío intenso. Estamos en un punto incierto del globo terráqueo en el que las temperaturas son intensas a la baja, da igual el nombre del lugar. Me acompañan en un microbus por unos parajes esteparios cubiertos de hielo hasta una ciudad de edificios bajos entre la que sobresale un único edificio de grandes proporciones y color distinto un tanto iluminado: el teatro.

¡Hace frío! Entre los salones de brillos, mobiliario Luis XV y arañas de cristal, de dimensiones y peso tan grande que harían derrumbar el techo de cualquier casa normal, solo deambulan operarios del teatro vestidos con monos gris marengo, poniendo orden en el desorden ocasionado por el público en la noche anterior, durante alguna representación de incierto título. Cualquiera de esos hombres me bastaría para llenar de alegría las horas postreras a mi canto ante los espectadores que se pondrán en pie ante las notas finales de un agudo casi traspasando las dos octavas. Verlos trabajar con sus abultadas anatomías entre esas amplias ropas provócame sugerentes imágenes de hipotéticos destinos, suyos, que me hacen guiñarles un ojo. Guiñoles un ojo a todos, a uno tras de otro, hasta al menos bien parecido. Para mí todos los hombres, hasta el menos agraciado, tiene algo a resaltar y que en un momento dado puede ocasionarme prurito vaginal, un prurito que debere solventar, con esa mano, esos dedos, de ese hombre menos guapo.

Voy hallando el camino de lo que ha de venir.

Camino por pasillos de la trastienda del teatro con paso firme hacia mi camerino. Hay gente en el largo corredor. Se giran y se detienen a mirarme. Abro la puerta del camerino.

Las luces están encendidas, todo ordenado. Sobre las mesas hay ramos de trece rosas negras, el olor es intenso, profundo, casi perturbador. Hay quien quiere entrar, secamente les cierro la puerta en las narices. ¡Maria Klar es así! Doy unos pasos, cortos. Me quito el abrigo y los guantes. En uno de los ángulos del camerino hay un sofá de terciopelo color burdeos.

Me siento en él cruzando las piernas. Justo frente a mí, un biombo con motivos orientales despliega su esplendor. De él, desde unos de sus costados, surge un adonis en calzoncillos. Descruzo las piernas. Mi interés, acompañado de mí pulso, crece. Le digo, agitando una mano, que se acerque, se sitúa ante mí, muy cerca. Podría tocarle. ¿Por qué no? ¡Siempre estoy dispuesta a dominar! ¡Los siete días de la semana dispuesta a apoderarme del sudor de los cuerpos de cualquier hombre! Expectante ante él, siento como se dilatan mis pupilas. Se acerca más. Descruzo las piernas. Le agarro con ambas manos los glúteos, sin miramientos, ni contemplaciones. Bajo sus ajustados calzoncillos. Le acerco aun más hacia mí, ya casi no queda espacio libre entre nosotros. Sin dejar de sujetar sus sugerentes trocantes, le tumbo sobre el sofá poniéndome en pie y quitándome la ropa. Me situo sobre él besándole

desafortunadamente. Le acaricio con el único motivo de adueñarme de sus poros llegando más allá de su hipodermis.

-¿Sabes que vas a morir?- le pregunto a bocajarro.

-¿De gusto?- responde él con ilusión y entusiasmo.

-Te aseguro que antes de que cambiemos de día habrás expirado- le advierto muy seria, agarrándole del pelo, echando su cabeza hacia atrás. El reía. Dice el refrán que: "quien avisa no es traidor".

No le quedaban apenas minutos pero él parecía estar viviendo el mejor de sus momentos.

Me acariciaba los senos como si fuese un niño en su paso a hombre, su debut, con el entusiasmo que pone quien por primera vez descubre el sexo y el cuerpo de una mujer.

¡No hay acto más hermoso y perverso a la vez, en cierta forma, que desvirgar a un hombre sometiéndolo a una dolorosa dominación! Una dominación que le haga creerse el centro del universo, a modo de premio que se le otorga al reo en calidad de último deseo... .

¿No será un tanto perverso el gesto? Continúo cabalgando sobre el mancebo y él entretenido en mí. Suspira dejando escapar su esencia en cada diminuta porción de aire que exhala entusiasmado por la presión de mis abductores sobre sus zonas más sensibles y gracias a las pequeñas, intermitentes, bofetadas que le propino sobre sus ya sonrojarse mejillas. ¡No quiero que se adormezca! ¡Deseo que disfrute de todo mí alarde de amor! ¡Quiero que se de cuenta de hacia dónde se dirigen sus pasos...! Cada vez más fuerte aprieta mí vulva a su cuerpo cavernoso erguido y duro, que apunto está de reventar. Él agita los brazos en una escena de locura que nos dice que apenas puede soportar el alto grado de placer. Cada vez estamos cerca del estallido final. ¡No nos importa nada! El mundo podría saltar por los aires más nosotros no lo notaríamos.

Me agitó, salto, cabalgo en casi un acto convulso. Él casi llega al frenesí. ¡Noto como se acerca el momento! ¡Ya! Elevo mí voz en un sonido agudo que casi se eleva por encima de las tres octavas, es mí canto más profu, el tiempo que nuestros placeres entran en la sublimación del ser, y yo, amable obsequiadora, rodeo con mis angulosas manos su fornido cuello fuertemente, sin ninguna compasión amorosa pero con mucho cariño, guiándole hasta el punto final de su trayectoria.

¡La muerte le espera! ¡La nada! ¡La realización! ¡Es mí canto final! 4